

e) Recursos retóricos

Pese a la brevedad del epigrama, los recursos retóricos son muy numerosos. Encontramos una anástrofe (*Romanas... in oras*, v. 1); igualmente hay aliteración de silbantes en el verso 1; y de dentales sordas y líquidas en el verso 3 (*līma līttera Lēmi*). Asimismo, hallamos un hermoso quiasmo en el último dístico (*ultima gloria/gloria prima*).

CONCLUSIONES

De los dos poemas analizados se pueden extraer una serie de conclusiones generales que resaltan la unidad de los mismos:

- 1) Los dos poemas responden, al menos temáticamente, al género de la *laudatio*.
- 2) Los dos poemas van dirigidos a un mismo personaje, Luis de Lemos, y tienen una finalidad común: encabezar sendas obras del escritor elogiado.
- 3) Los dos poemas suponen un mosaico de referencias y citas de poetas clásicos. Podemos afirmar que son Virgilio, Ovidio y Marcial los autores más manejados en la confección de tales poemas.
- 4) Desde el punto de vista métrico, los poemas son bastante correctos. Por su extensión y contenido temático hay que decir que entran dentro del género epigramático, en su vertiente de encomio. Esta afirmación viene apoyada por el hecho externo, pero significativo, de que están compuestos en los metros más utilizados por los epigramistas, desde Catulo a Marcial: el endecasílabo falecio y el dístico elegíaco.
- 5) Finalmente, en las dos composiciones se observa el empleo de unos mismos recursos retóricos, con predominio de las aliteraciones, apóstrofes e interrogaciones retóricas, sin olvidar la *gradatio* y el quiasmo.

MANUEL MAÑAS NÚÑEZ
Universidad de Extremadura

Condiciones geográficas y estructuras mentales en la trama de asentamientos protohistóricos en Extremadura

Un análisis pormenorizado de los fenómenos geomorfológicos, climáticos, bioecológicos e incluso económicos de la unidad territorial actual de Extremadura¹ nos daría por resultado que esta Comunidad Autónoma no es más que la agregación deshilvanada de una serie de ámbitos comarcales desiguales, que por razones de situación se han integrado en el mismo espacio regional, a partir de un prolongado proceso de cohesión histórica —a veces interrumpido y otras acelerado—, que fue aglutinando poblaciones diversas e intereses coincidentes, hasta formar, ya en épocas muy recientes, lo que podríamos considerar una «unidad geopolítica» de carácter regional.

Las tres grandes dorsales paleozóicas de la Meseta dividen a Extremadura en dos bandas anchas y dislocadas, de E. a W., donde se enca-

¹ Este análisis se ha hecho ya en numerosas ocasiones, desde Hernández Pacheco, F., 'Bosquejo preliminar de las comarcas geográficas de Extremadura' (1933), en el *Bolet. Inst. Reforma Agraria*, n. 18 (1933), Madrid. También por Terán, M., y Solé Sabarís, M., *Geografía Regional de España* (1968) Barcelona, Ariel. Y los diversos autores que bajo la dirección de Casas Torres, M., redactaron los artículos de la enciclopedia *Conocer España: Geografía y Guía Salvat* (1975), Barcelona. Publicación en general floja y deslabazada, con escaso valor científico. Finalmente, con enfoques muchos más puntuales, los trabajos de Barrientos Alfageme, Gonzalo: *Geografía de Extremadura* (1990), Badajoz, Universitas; Id., *Extremadura ante Europa. Crisis de una frontera* (1986), Cáceres, UNEX. Y para el análisis espacial de los asentamientos romanos y primitivos, la tesis doctoral de Fernández Corrales, J. M., *El asentamiento romano en Extremadura y su análisis espacial* (1988) Cáceres, UNEX.

jan las cuencas del Tajo y del Guadiana, cruzando la farragosidad de un relieve complejo, entre serrezuelas cuarcíticas y penillanuras pizarrosas, que dejan apenas paso a pequeñas cuencas transversales —las de sus afluentes—, con escasa fuerza y poco caudal. En este paisaje descoyuntado aparecen conjuntos comarcales no muy bien definidos en sus límites y fronteras, que han conservado hasta hace muy poco sus peculiaridades económicas y culturales.

Posiblemente, también en este aspecto, se podrían hacer distinciones que fueran ilustrativas, ya que no es lo mismo hablar de comarcas refiriéndolas a los valles bien delimitados del norte de la región, que cuando hablamos de las dilatadas penillanuras del interior y ello con su correspondencia en la configuración histórica y en su evolución.

Si algo caracteriza a este dilatado escenario geográfico es su fácil conectividad, ya que ninguna barrera natural, sea orogénica o hidrográfica, presenta graves dificultades para pasar de una a otra vertiente o de una a otra orilla, lo que posibilita la comunicación entre diversas unidades territoriales, sólo separadas por notables distancias.

También está caracterizada por su accesibilidad desde las regiones geográficas aledañas: Meseta Castellana o Valle del Guadalquivir; con lo cual, desde los más recientes momentos de ocupación por grupos o razas humanas, Extremadura ha sido un ámbito de tránsito y encuentro entre diversos pueblos, culturas, religiones o lenguas.

Así, desde los primeros momentos de la prehistoria se ha creado con ello lo que pudiéramos considerar como la principal «constante histórica» de la región: su situación de «frontera», que ha venido renovándose a lo largo de los siglos².

Lo «fronterizo» tiene la peculiaridad de marcar con su impronta tanto la consideración misma de la idea de territorio, cuanto la mentalidad de sus habitantes.

² Cardalliaguet Quirant, M., *Historia de Extremadura* (1988), Badajoz, Universitas. La idea de «frontera» como constante histórica de la región, al igual que el sentido de «hombre de llanura», que la literatura histórica norteamericana gusta de ver reflejado en los pasajes del avance hacia el oeste, quizá explique también en nuestro caso muchos de los fenómenos sociológicos del propio devenir histórico extremeño, y que se repetirían después, en el siglo XVI, en América.

El espacio fronterizo es un terreno situado «frente al enemigo», que se puede perder si no está bien defendido. Su explotación y el régimen de su propiedad están siempre en precario, ya que tanto las cosechas, como los asentamientos de habitación están en permanente amenaza de saqueo, y esto exige una constante vigilia, con la que el trabajo cotidiano de cuidado de la tierra se hace oneroso y difícil. Por otra parte, para la gente de frontera, es más fructífero dedicarse al pillaje o a la cabalgada —en último término, al cuidado de bienes semovientes (ganadería)—, que al sedentarismo agrícola, que inmoviliza y absorbe los recursos defensivos.

En un estudio de la mentalidad o de la psicología del hombre de frontera hay que tener en cuenta que sus connotaciones van a ser la desconfianza y el recelo, el individualismo y la poca afición a los cambios —sean éstos tecnológicos o culturales—, ya que verá en ellos un debilitamiento de sus posiciones. Tampoco siente por la tierra una especial atracción o vinculación que le induzcan a crear estructuras organizativas fijas y perdurables, pues frecuentemente debe avanzar con la frontera misma hacia otros espacios en los que encuentre el marco ideal para sus propias condiciones de vida.

Pero el término «frontera» no designa solamente la línea física que separa un estado o pueblo de otro; un «limes» defensivo más o menos vallado y jalonado con acotaciones militares. Frecuentemente, esta palabra se refiere a amplios espacios o zonas dilatadas que se consideran «tierra de nadie» porque sus moradores no son gentes definidas o decantadas hacia una u otra parte del «limes», ya que se creen vinculados a ambas. También hubo «fronteras» entre «gentes», «populi» o «etnias» de distinto tronco genealógico que se establecieron en comarcas aledañas; otras fueron apareciendo entre distintas lenguas o dialectos; también entre diversas creencias o tradiciones religiosas; entre culturas y civilizaciones, etc. Puede ser que el trazado de estas variadas fronteras no sea tan preciso como la frontera política, trazada a partir de un tratado entre reinos o estados —frontera convencional que no siempre responde a la racionalidad de la geografía—, pero que han sido siempre mucho más permanentes y vivas en la mentalidad popular a lo largo de la historia, ya que normalmente han nacido de la estructura misma del «parentesco» y se incardinaron durante siglos en un «espacio tribal» que permaneció a través de las sucesiones generacionales, según puso de manifiesto Levi

Strauss³ en sus ya clásicos estudios sobre las estructuras sociales de los grupos humanos primitivos.

Pero las estructuras mentales de las primitivas poblaciones de Extremadura no debieron responder solamente a su situación fronteriza, que se vería interrumpida durante los siglos en los que el Imperio Romano creó mecanismos estables de convivencia, incluso conservando la vigencia de la división racial y cultural de las poblaciones; sino que también debieron experimentar la sensación del «hombre de la llanura» o del desierto, con la ilimitada disposición de espacio para actividades extensivas, sensación de lejanía con relación a otros centros de habitación, inseguridad frente a una naturaleza arriscada y peligrosa, en definitiva, esta peculiar forma de pensar y actuar que los propios extremeños llevaron a los dilatados paisajes de Nuevo Mundo, en los que crearon enormes fronteras sobre inmensas llanuras desérticas.

Aunque no parece probable que un estudio de la más lejana prehistoria extremeña, en los largos períodos y culturas paleolíticas, diera frutos apreciables en cuanto a la organización geográfica de aquellos pueblos, por la falta de huellas tecnológicas y artísticas descubiertas hasta el momento⁴, es indiscutible que a partir de las culturas neolíticas, y sobre todo en las basadas en la utilización de metales, ya se pueden hacer hipótesis de trabajo y precisiones acerca de la estructura territorial, que pude acercarse bastante a la realidad del asentamiento de aquellas gentes.

Sobre un substrato étnico-cultural protoibérico, de amplia expansión en el «Calcolítico» que dio lugar a la rica cultura «dolménica», cuyas monumentales huellas cubren aún numerosas zonas en Valencia de

3 Levi-Strauss, Claude, *Anthropologie structurale* (1985), París; Id., *Tristes Tropiques* (1962), París. Ver también los estudios analíticos que se ha publicado sobre sus investigaciones: Millet, L., y Varin D'Ainville, M., *El estructuralismo como método* (1972), Madrid.

4 Los estudios puntuales sobre la prehistoria de Extremadura se han ocupado escasamente de los tiempos paleolíticos: Enriquez Navascués, J. J., y Mordillo Durán, J. M., *Las industrias achelenses y musterienses en la comarca de Mérida* (1982), Mérida; Querol, M. A., y Santonja, M., 'Industrias del Paleolítico Inferior en depósitos de los ríos Alagón y Jerte (Cáceres)' (1977), Zaragoza, *CNA*, XIV. En cambio, son muy abundantes los referidos al Neolítico, Calcolítico, Bronce y Hierro.

Alcántara, San Vicente, Sierra de Gata, Valle del Guadiana y otras más dispersas, con una desarrollada economía agro-ganadera y una notable perfección en las técnicas del tallado de cuarcitas, o, quizá, en las primeras fases del «Bronce», se fueron estableciendo, en la zona actual de la provincia de Cáceres y parte norte de Badajoz, un conjunto de clanes o «gens» celtibéricas, belicosas y ganaderas, que contaron con una organización social aristocrática, posiblemente dividida en castas o estamentos cerrados, cuyos «wanakas» o reyezuelos se hicieron inmortalizar en las estelas funerarias halladas prácticamente por todo el territorio de Extremadura. Procedentes de la Meseta y del núcleo étnico indo-germánico («ario»), a quienes griegos y romanos dividieron en dos amplios troncos culturales: los «Lusitanos» y los «Vettones»⁵, los que, a su vez, se organizaron en «gentilidades» o clanes de un tronco común de consanguineidad, que han dejado una débil huella en la toponimia regional. De las tribus y pueblos célticos registrados en Galicia y Asturias nos llegan asentamientos tan claros como los «cauriacos», pertenecientes a la gentilidad de los «albiones», de cuya raíz lingüística los especialistas⁶ han afirmado su procedencia ilirio-ligur —«caur» y «alb» ó «alp», que designan rocas, promontarios o montañas: Alpes, «alba», «albur»—; otras de estas tribus serían los «cáporos», los «interamnicos», «lancienses» y «luacos»; así como los de tronco «astur», los «luggones», cuya raíz «lug»-«log» aparece en algunos topónimos extremeños (Logrosán).

Por supuesto que la cultura de los «castros», identificada con los pueblos célticos y celtíberos, tiene en nuestra región una amplísima representación junto con las palabras que los designaban: «sego»-«seguí» = fortaleza (Segura); terminaciones en «asco»-«asca» (Magasca); prefijos en «tur» o «tor» = torre, atalaya (Turgalium, Turmulus, etc.)⁷.

5 Ver los trabajos de Beltrán Lloris, M., *Estudios de Arqueología cacereña* (1973), Zaragoza; Roldán Hervás, J. M., 'Fuentes antiguas para el estudio de los Vettones' (1967), Salamanca, en *Rev. Zephyrus*, nn. XIX y XX; Alberto Firmat, M.^a Luisa, 'Vettones y lusitanos en los ejércitos imperiales' (1979), Cáceres, en *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*, UNEX.

6 Palomar Lapesa, M., *La onomástica personal prelatina en la antigua Lusitania* (1957), Salamanca, C.S.I.C.; Bosch Gimpera, Pedro, 'Autour des problèmes de toponymie celtique en Espagne' (1959), *Actas del III Congreso Internacionales de Toponomía y Antropología*, Bruselas.

7 Tovar, A., 'Sobre las escrituras tartessia, libio-fenicia y del Algarve' (1955), Salamanca, *Rev. Zephyrus*; Ongil Valentín, M. I., 'La Toponimia como técnica de investiga-

En la zona SW. de la actual provincia de Badajoz parece que se establecieron nuevos pueblos de etnia celta (galos o gaélicos), que Estrabón llamó Cynetes, Cempsos o Cuneos, portadores de instrumentos de hierro y con fortificaciones terminadas en «briga» (Nertóbriga), cuyo territorio se ha venido designando en la historiografía tradicional como la «Beturia Céltica», para distinguirla de la parte SE., ocupada por los «turdulos» o turdetanos ibéricos —la «Beturia Túrdula»⁸—, con fuertes influencias lingüísticas y culturales de la zona tartésica-turdetana.

En las descoyuntadas tierras y paisajes donde estos pueblos buscaron asentamiento, sobre superficies muy extensas y en gran parte desconocidas es lógico pensar que hubieran de hacer una primera «catalogación» de los distintos espacios en función de sus más directas necesidades de subsistencia, se establecerían en centros de fácil accesibilidad hacia los campos de cultivo o de pasto, pero buscando la seguridad de oteros o riscos que les permitiesen una fácil defensa; aunque dejando sin habitar enormes extensiones, que fueron dominio de la vida salvaje hasta épocas muy recientes de nuestra historia.

Sobre los aldeaños de sus «aldeas», «castros» o «citancias» fortificadas, con su aprisco para resguardar el rebaño en una zona también protegida, se extenderían los campos de cultivo, junto al arroyo o río circundante. Esta primera banda de ocupación quedaría articulada mediante un nutrido sistema de caminos que permitiesen acarrear al poblado los diversos productos del trabajo agrícola. En un segundo «círculo territorial», más alejado de la falda montuosa o en las altas laderas de las serrezuelas, habría una zona de pastos para pjaras, hatos y rebaños, también con un sistema de caminos, aunque no tan «cuidados» como los anteriores; serían sobre todo «cañadas» arriscadas y pendientes que tratarían de cruzar la montaña para alcanzar los pastos de verano. Finalmente, sobre las cárcavas y sierras más alejadas, una tercera zona estaría ocupada por los bosques y arboledas que ofrecían la provisión de leña, o como reser-

ción arqueológica. Aplicación a la Edad del Hierro en Extremadura' (1985), en *Actas de las II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia, Prehistoria y Arqueología*, Cáceres.

8 García Iglesias, L., 'La Beturia. Un problema geográfico de la Hispania Antigua' (1971), en *Anuario de Estudios Arqueológicos*, t. XLIV, Madrid; Rodríguez Díaz, Alonso, 'Continuidad y ruptura cultural durante la segunda Edad del Hierro en Extremadura' (1990), en *Cuadernos Emeritenses*, n. 2, Mérida.

vas de caza para completar los abastecimientos de la tribu; zonas que, sin duda, estarían despobladas en su mayor parte.

Un fenómeno parece evidente en el transcurso del primer milenio a. de C.: el fuerte aumento de las poblaciones establecidas en Extremadura, el notable crecimiento de su economía agro-ganadera y la expansión de un importante comercio con las colonias púnico-fenicias del Mediterráneo basado en la explotación de numerosas minas metálicas diseminadas por toda la región⁹. Las pequeñas «cañadas» tramontanas se fueron convirtiendo en grandes vías de transhumancia, y las rutas de «acarreo» en los aldeaños de las «aldeas» se alargaron hasta convertirse en rutas de comercio más allá de los simples espacios tribales. Unas y otras fueron articulando paulatinamente las relaciones sociales entre los diversos grupos; fueron trazadas a través de pasos naturales —puertos y vados—, que exigieron un nuevo esfuerzo de defensa frente al bandillaje y el asalto, que —según las fuentes clásicas— eran modos de vida muy practicados por los pueblos luso-vettones¹⁰.

Según los estudios más recientes en este campo, los dos grandes rutas que articularon el comercio o el intercambio entre las gentes extremeñas y de éstas con sus vecinos, fueron: la cuenca del Guadiana, de E a W., y la gran falla tectónica de Plasencia, de NE. a SW., resaltadas por los numerosos asentamientos descubiertos en ellas¹¹, que serían posteriormente reforzados por los romanos en su intento de cohesionar los espacios marginales de la Provincia de Lusitania.

Así pues, los primeros niveles protohistóricos de la organización territorial en la región debieron quedar inscritos en un esquema que, arrancando de la configuración interna de la «aldea», pasaría al término circundante, normalmente muy dilatado sobre sierras y valles aldeaños,

9 Cerrillo Martín de Cáceres, E., 'El tiempo Pre y Protohistórico' (1985), en *Historia de Extremadura*, t. I, Badajoz, Universitas; Álvares Rojas, J. M., y Gil Montes, J., 'Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el primer milenio' (1988), en *Trabajos de Prehistoria*, n. 45, Madrid, C.S.I.C.; Enríquez Navascués, J. J., 'El Bronce Final extremeño y su relación con la cultura tartésica' (1990), en *Cuadernos Emeritenses*, n. 2, Mérida.

10 García Bellido, M., *España y los españoles hace 2.000 años (Según la Geografía de Strabón)* (1953), Madrid, Austral.

11 Álvarez Rojas, J. M., y Gil Montes, J., 'Aproximación al estudio de las vías de comunicación...', op. cit.

y se expandiría radialmente por rutas y caminos hacia otros núcleos habitados, siguiendo el curso de los ríos, sus vados, o aprovechando puertos serranos.

Queda por determinar un lote territorial extraeconómico que debió consagrarse al culto del amplísimo pabellón mitológico de estos pueblos, especialmente de los vettones, y que al parecer fue jalonado por los numerosos «verracos» o «toros» que caracterizaron esta peculiar cultura prehistórica. Aparte de su valor como muestras de un arte escultórico muy desarrollado, cabe pensar en una función territorial como «hitos» o marcas de determinados espacios, cuyo carácter religioso parece indiscutible. En el mismo caso cabría situar a otros espacios definidos por su función como «necrópolis», igualmente identificables por las muestras de arte funerario a que dieron lugar, y su acoplamiento con el resto de las parcelas que se iban encajando alrededor de la «aldea».

El tratamiento cartográfico que se ha ido dando a todos estos fenómenos históricos y culturales —todavía no suficientemente nutrido por la falta de excavaciones y trabajos de campo que lo vayan completando—, parece afianzar la hipótesis de que los ejes aglutinadores y articuladores del territorio extremeño desde las épocas más remotas fueron la que hemos llamado «arteria» Norte-Sur y la ruta transversal del Guadiana, con las numerosas ramificaciones que los romanos convertirían en épocas posteriores en todo el sistema viario que han pervivido en Extremadura durante siglos. El curso del Tajo, por el contrario, parece haber sido zona de repulsión de las poblaciones, excepto en las escasas zonas valdeables o en las estrechas terrazas creadas por el río entre los farallones rocosos de sus cauce.

Sólo cuando la Arqueología espacial, que comienza a dar excelentes frutos en nuestra región¹², complete una mapa con todos los asentamientos y conexiones de los pueblos primitivos o protohistóricos, tendremos la evidencia científica de lo que hoy es, simplemente, una hipótesis en trabajo, la evidencia de que gran parte de los esquemas

12 A partir de los trabajos para la tesis doctoral de Fernández Corrales, J. M., *El asentamiento romano en Extremadura y su análisis espacial* (1988), Cáceres, UNEX., se han ido publicando una serie de artículos en diversas revistas especializadas que han ampliado los conocimientos teóricos y su aplicabilidad a la investigación arqueológica de la «Arqueología espacial», que sin duda darán excelentes resultados.

territoriales protohistóricos, reforzados por la acción organizativa romana, permanecieron en Extremadura hasta épocas muy próximas a nuestro siglo; e, incluso, que se conservan aún.

A ello, sin duda, contribuyó el nacimiento de una vida protourbana, en cierta forma derivada de la que se desarrolló en la zona bética en el primer milenio a. de C., con la floreciente civilización tartésica, tan profusamente estudiada por numerosos autores. De este crecimiento de grandes poblados junto a las vías o arterias comerciales cabe destacar a Medellín¹³ y otros asentamientos, que ponen de manifiesto un crecimiento notable de la población, un incremento de los recursos alimenticios y mercantiles, así como una organización territorial sobre valles y vados de notable pervivencia posterior.

Una última consideración de estos primitivos niveles de ocupación territorial, que en Extremadura debió ser relativamente tenue comparada con otras zonas de la Península, ha de referirse a la continuidad y pervivencia de divisiones étnico-culturales más allá incluso de la ocupación romana, puesto que las referencias que los autores latinos hicieron de nuestra región en épocas avanzadas del Imperio¹⁴ seguían nombrando y describiendo a los distintos troncos raciales que lo habitaban.

MARCELINO CARDALLIAGUET QUIRANT
Catedrático de Geografía e Historia.
Doctor en Filosofía y Letras

13 Enríquez Navascués, J. J., 'El Bronce Final...', op. cit.; Schulten, Adolfo, *Tartessos* (1945), Madrid; Hurtado Pérez, V., y Enríquez Navascués, J. J., 'Prehistoria y Protohistoria' (1986), en *Historia de la Baja Extremadura*, t. I, Badajoz.

14 Schulten, A., *Los cántabros y astures en su guerra con Roma* (1962), Madrid, Austral; Id., *Hispania (Geografía, Etnología, Historia)* (1920), Barcelona.